



La ciudad europea

Leonardo Benevolo
Editorial Crítica
Barcelona 1993

A propósito de una lectura de Leonardo Benevolo

Europa nace de un silencio, de una especie de desierto histórico del que no hay noticias, del que sólo queda una imagen borrosa y desesperada creada por crónicas tardías del año 1000, que la viva imaginación dramática del Michelet se empeñó en recrear, acaso para que sirviera de fuerte contraste al resurgir que seguiría de inmediato. Descompuesto el Imperio de Carlomagno, el universo europeo se desvanece y en la niebla espesa que sucede apenas se recortan fugazmente las siluetas del Emperador Otón y del Papa Silvestre que intentan en vano una proster renovación de la unidad europea. Poco a poco el escenario va recobrando la luz, y las primeras noticias ciertas que nos llegan proceden ya de ciudades en expansión, que parecen milagrosamente surgidas del vacío; están animadas de una actividad económica y cultural que irá incrementándose durante tres siglos hasta alcanzar una plenitud dorada y, en vísperas del fatídico 1348, Europa es una densa y compleja red urbana, casi la misma que hoy conocemos, aunque haya llegado a nosotros profundamente transformada. Crisis y resurrección componen para muchos, creo que también para Benevolo, las dos caras del genio europeo, un genio que surge y habita en el artefacto urbano que él mismo acaba siempre por inventar de nuevo.

Son estos de ahora también tiempos de crisis y no viene mal recordar esta leyenda de regeneración tan querida, que pretende instalar nuestro más genuino pasado, como un proceso creador, entre el caos del milenio y esa edad pretendidamente dorada en la que miles de ciudades distintas pero equivalentes, como los capiteles de un claustro, fueron el lugar de un equilibrio, de una convivencia crecida al margen de la férrea disciplina clásica –concebida para moldear las espesas fábricas imperiales–, y que supo componer un continuo espacial basado, por el contrario, en la transparencia, en minimizar y homologar la frontera entre lo público y lo privado hacia adentro y hacia afuera, y que terminará por construir hermosas cajas de vidrios de colores.

Ya se ve que estamos ante uno de esos escenarios mitológicos concebidos para envolver la nebulosa de los orígenes, aprovechando lo poco que se sabe del milenio, privado de vida ciudadana y envuelto siempre en bosques impenetrables en los que el viajero extraviaba el camino y, al mismo tiempo sacándole todo el partido a la abundante literatura que ha reinventado mil veces esa supuesta edad de oro, mucho mejor documentada sin embargo, en la que se han cimentado los

mitos de la racionalidad, el progreso tecnológico, la libertad mercantil, la eficiencia competitiva y el equilibrio de intereses e incluso una cierta armonía social que se materializan en la obra colectiva –un organismo coherente, dice Benevolo– y son garantizadas por instituciones urbanas imperecederas. No importa que un momento tan espléndido termínase con una epidemia de peste que asoló Europa demostrando que, al menos el aspecto sanitario, era más negro que dorado, mientras se imponían poderes de otra escala que iban a suplantar el papel de esas instituciones que constituyan el orgullo y la garantía de la convivencia ciudadana; que iban, en definitiva, a alterar la métrica de la ciudad y los métodos de control de su construcción.

Hay una cierta nostalgia naturalista en el retrato que Benevolo ofrece del universo urbano europeo que él plantea en clave geométrica por razones disciplinares y para evitar las enojosas complicaciones sociales que subyacen, porque precisamente, en ese cambio fundamental que suele situarse en la segunda mitad del siglo XIV, aquél “bendito” principio de armonización espontáneo que había labrado el continuo espacial de las ciudades durante la Baja Edad Media, que él imagina como un equilibrio natural entre los intereses públicos y particulares, empieza a ser sustituido por una norma, un bastidor unificador que al mismo tiempo se presenta como instrumento y como principio de inteligibilidad de la realidad física, capaz de describirla de forma precisa y universal; es esa misma perspectiva cuya estructura de proporciones permite recodificar todo el material clásico reanudando los lazos con la antigüedad, que había permanecido en ruinas u oculta en las bibliotecas de las grandes abadías durante siglos. Atrapado en la idea de que la ciencia se limita a poner en relación sistemas de preguntas con sistemas de respuestas en el recinto acotado de la realidad existente, es decir no reconociéndole ningún valor creativo, abomina de toda norma por considerarla un obstáculo al ejercicio de la libertad de invención y también un instrumento de un orden cerrado superior que va a cortar el vuelo libre de esa constelación urbana competitiva y caleidoscópica.

Sin embargo –y es un mérito que cabe atribuir a la colección en la que se inserta esta obra–, resulta saludable, y también insólito, sacar la reflexión sobre la identidad cultural de sus estrechos confines aldeanos habituales y de su compulsiva búsqueda de la diferencia, para intentar componer un escenario de convergencia a escala continental que sirva de contrapunto a una diversidad, tan evidente y estimulante, que no necesita apologistas de ninguna especie. Es un ejercicio tanto más meritario cuanto que también se huye de ese otro irrelevante y tenaz discurso neoliberal sobre las excelencias del individuo concreto que parece haberse apoderado del pensamiento debilitado de occidente y que condena lo social –y su proyecto asociado– sólo porque se ha decidido sustituir esa “oscura noción” que ha dado negativo en la reciente historia europea (precisamente porque contiene una explosiva capacidad de creación y de autodestrucción) por ese trivial autómata eternamente ajustado por las decisiones sagradas (pero realmente cautivas) de todos y cada uno de los individuos, que ha encontrado su más fea creación alguna, porque al igual que todos los autómatas carece de inteligencia. Es la posibilidad, la invención, contra la necesidad determinista.

Se trata de un ejercicio que requiere un cambio de escala y de objeto científico; lo que nos une sustituye a lo que nos separa, el regreso al pasado de la tribu es sustituido por un largo viaje realizado en común hacia al futuro en el irrepetible laboratorio de nuestras ciudades, espacios de lo colectivo por excelencia, lugares de creación de una realidad que no está escrita en ninguna parte. Las nacionalidades se esfuman como una ilusión, como una molesta envoltura superpuesta, al servicio de formas de poder concentrado que tratan de enclaustrar el genio multiforme europeo, que niegan la convivencia ciudadana y que periódicamente resurgen para arrasar Europa como una plaga; ahora mismo, cuando las viejas naciones se desdibujan, en forma de minifundios nacionalistas.

Benevolo, aristotélico, *sui generis*, ve en la ciudad, la forma final de nuestra sociabilidad y, por tanto, como un objeto natural anterior a la casa y a los individuos mismos y desde luego al estado, y define la ciudad europea como la búsqueda imperfecta, siempre en marcha e inacabada de ese fin inalcanzable que sólo puede conocer equilibrios transitorios, inseparables de la convivencia democrática y también del pensamiento crítico, como garantías respectivas de estabilidad y de renovación permanente. En definitiva lo que cuenta es el camino,

no caer en la trampa de creer en las formas definitivas y adaptar la famosa fórmula de Virchow, que puede servir para explicar la evolución de todos los objetos complejos, más o menos así: *Omnis civitas e civitas*. Toda la ciudad procede de otra ciudad, es decir, de una complejidad que no puede surgir espontáneamente, y de un incesante impulso de trascender la realidad colectiva conocida.

Precisamente esa idea de un largo equilibrio de fondo o de una continuidad de equilibrios que se van pasando el relevo de lo urbano, va a ser el hilo conductor del relato aunque sea tratada en tono menor. Es una idea, ésta de los largos equilibrios interrumpidos, que ha penetrado profundamente en la coincidencia occidental hasta convertirse en obsesiva y que seguramente va a protagonizar muchas líneas de reflexión en el futuro, asociada al problema fundamental de la complejidad.

Europa es sus ciudades, las matrices de esos 130.000 campanarios que se apretaban en su territorio rural en el siglo XIV al final de su época dorada y en cuyo interior se ha elaborado su cultura. Su física (y habría que añadir también su química o su biología para poner el énfasis en lo cualitativo) presenta una casuística mucho más diversificada que las vicisitudes económicas, sociales y culturales que las ciencias sociales y económicas han descrito reducidas a unas pocas categorías conceptuales, a unas sencillas leyes, y esa sola diferencia en la calidad y cantidad del fenómeno bastaría para legitimar una ciencia de lo urbano, de la inteligencia al servicio del proyecto colectivo siempre renovado.

Lo nuevo del propósito tropieza, sin embargo, con el método y la norma que rigen el sistema de acumulación de conocimientos, que establecen la homologación científica del discurso: rastrear en la herencia cultural de la ciudad europea impone pronunciarse sobre su especificidad, y esa cuestión generalmente remite a la búsqueda de su peculiaridad histórica, es decir a realidades concretas de las que linealmente se deducen efectos o respuestas precisas que algunos imaginan inevitables y así sucesivamente. No obstante, la historia cuenta poco en esas súbitas interrupciones de largos equilibrios que toman su racionalidad de la dinámica de los sistemas, regidos en última instancia por leyes físicas, por fluctuaciones que se agrandan y terminan por imponerse de forma azarosa.

De esta forma el problema del explicar la construcción del universo urbano europeo se plantea en términos de conciliar un proceso de evolución más o menos continua con el nacimiento de configuraciones emergentes en momentos críticos de transformación rápida de los sistemas sociales y económicos que marcan las condiciones de reproducción y su física (esa física que es el principal interés de Benévoli seguramente porque es la permanencia más evidente) y cuya naturaleza histórica es innegable aunque eso no signifique que esté predeterminado el resultado ni que no existan otras posibilidades. Dicho de otra manera, dando cabida bien al azar bien al proyecto como invención de una realidad nueva a partir de los datos de la realidad de la que se parte. Benévoli va a mostrar una larga lista de proyectos fallidos ya sea porque no han sabido interpretar la realidad o porque no han valorado sus posibilidades reales y siempre queda la incógnita de saber qué hubiera ocurrido si los ajustes hubieran sido "naturales", o dejados al azar.

Este enfoque se articula con un estereotipo cultural persistente que consiste en considerar cada ciudad como un ser vivo individual, con su propia biografía, casi con una voluntad propia y una identidad que se mantiene en el tiempo a pesar de todo. Este estereotipo extraordinariamente poderoso implica la existencia de un organismo que conservaría un cierto orden (su identidad orgánica) a pesar de los cambios; más aún, que daría su peculiar personalidad a esos cambios, que serían asimilados por él y que dada la contingencia de las formaciones sociales y sus órdenes sucesivos, se ha terminado reduciendo a un conjunto de categorías geométricas como la ocupación del solar, su división parcelaria o el trazado de sus sistemas generales y sus edificios. Las ciudades europeas, en particular, mantendrían entre sí un alto grado de parentesco difícil de describir si no es como un resultado de ciertas condiciones compartidas cuya naturaleza histórica es evidente. El resultado de toda esta combinatoria conceptual es una complicada y un tanto confusa mezcla de quintaesencias, troncos comunes, caudal o acervo genético, persistencias físicas y "automatismos" naturales de ajuste o selección, conceptos en definitiva con los que habitualmente se construye el difícil y siempre sos-

pechoso discurso de la "especiación", un proceso evolutivo que, para terminar de complicar las cosas, Benévoli concibe como una búsqueda de una cierta idea de ciudad (una búsqueda inacabada que exige un proyecto siempre renovado), que opera sobre ámbitos culturales y herencias en forma de patrones o de permanencias físicas que componen un fondo de "gestión continua" sobre el que se instalan los procesos de institucionalización de las nuevas configuraciones productivas, sociales y políticas que se entrelazan en períodos de transformaciones agudas. Una idea de ciudad que deja fuera, al menos, un período importante y muchos momentos a lo largo del tiempo de las ciudades europeas.

Al fondo de operaciones habituales en la literatura disciplinar se añade, pues, la fascinación por estos procesos agudos de transformación que ahora más que nunca se encuentra justificada por el hecho de que estamos viviendo uno de esos episodios —el segundo milenio curiosamente—, y no es extraño que la sensibilidad de Benévoli le lleve (incluso de una forma inconsciente) a pensar que la propia especificidad del genio europeo consista en gestionar mejor que nadie esos trances: que no cunda el pánico porque Europa se encuentra a sí misma cuando se enfrenta a un reto decisivo para su supervivencia; cuando se le pide un esfuerzo de creación para trascender la realidad, es decir, para reinventarla; basta para demostrarlo la presencia de esas joyas urbanas tan parecidas y tan diferentes, tan difíciles de encontrar fuera de nuestro territorio, hijas, como ya se ha visto, de una posibilidad y no de la necesidad, ¿o acaso ya no es así?

Tengo la sensación de que esa es la cuestión que preocupa profundamente a nuestro autor: ¿ha perdido Europa —las ciudades europeas—, su capacidad de crear y dirigir su propio futuro, y es, entonces, la víctima de un determinismo ciego y demoledor de sus valores más genuinos que consistían en una capacidad de elegir, de proseguir su búsqueda inacabada? Habríamos vuelto según eso a una nueva antigüedad cautiva de sus estrechos límites normativos, de sus determinismos.

Hay en el libro dos niveles de reflexión. En el más alto domina la preocupación por el equilibrio perdido, un equilibrio muy idealizado por Benévoli que, al parecer, era de libre elección y adoptaba la forma de un proyecto, o de un plan cuando la complejidad del fenómeno ya no permitía su emergencia natural, tal como ocurría en las épocas doradas (así lo imagina él); en este nivel rige la complejidad, la ciudad es producto y condición de existencia de lo social cuya compleja biología se regula por delicados equilibrios en distintas escalas del tiempo y del espacio y cuyas leyes varían de tal manera que la ciencia que pueda dar cuenta del fenómeno está por construir. Y a lo mejor por esa dificultad, después de enunciar confusamente su inquietud prefiere descender a un segundo nivel, volver a las aguas seguras del discurso canónico y determinista; la evolución compleja se reduce a un enunciado simplemente complicado: resolver la infinidad casuística de nuestras ciudades en la especificidad europea de la herencia urbana y, para esa tarea, la "historia natural" ya ha proporcionado métodos seguros: clasificaciones y tipologías varias, preferentemente morfológicas ya que de paso permiten emparentar con el discurso disciplinar más trivializado, pero también más difundido y aceptado, y por supuesto recurrir a delimitar esas etapas que se convierten en el hilo conductor de una reflexión que va a tratar de identificar los momentos en los que se ha labrado ese destino común.

Hay un abismo entre el problema de fondo intuido y presentado de forma sumaria y el tratamiento manualístico (que sin duda se ha tratado de evitar) de la cuestión; entre la agudeza del juicio y la rudeza de un instrumental que hubiera bastado para un empeño más modesto, quizás se deba a que se trata de un libro de encargo y no de fruto de una investigación o una reflexión genuina y, desde luego, se nota la incomodidad con la que se mueve el autor. No obstante, la lectura del libro, lleno de información y de sugerencias a pesar de su pequeño formato, es estimulante, aunque resulte difícil estar siempre de acuerdo con las afirmaciones que contiene y sobre todo con la manera de hacerlas. Es la historia de un viaje de siete etapas que componen los siete capítulos de la obra.

Para Benévoli, Europa sólo puede ser ella misma después de la disolución del mundo antiguo, un mundo urbano cuyo ocaso coincide con el de sus ciudades, y su especificidad crece con el distancia-

miento respecto a ese mundo y la consolidación del complejo sistema de ciudades que cubre su territorio al final de la Edad Media. Es un largo proceso fraguado en "los siglos oscuros" en el que por un lado se afianza la idea aristotélica del carácter natural de la ciudad, y por otro se desintegra el universo formal clásico, su profunda coherencia, para que sus elementos adquieran una segura autonomía que les permita ser reorganizados en un nuevo contexto. Puede decirse que el nuevo paisaje europeo se construye en parte con los detritos del viejo universo, pero no a la manera del *bricoleur*, sino transformando radicalmente la geografía tradicional del mundo mediterráneo gracias a una nueva química. Es la primera y la última vez que se desliza en el libro la idea de que las nuevas ciudades que surgen sobre las antiguas son otras, que se corresponden con un organismo nuevo aunque esté formado sobre su solar y con trozos escogidos del desaparecido.

Ciertas ideas nacidas de la presencia ruinosa de ese mundo superior desaparecido, imposible de reproducir y cuyos restos físicos aún presentes caen fuera del control y del uso; la idea de un mundo en proceso de degradación permanente y más tarde su antimétrica de la racionalidad eficiente y progresiva; el sentimiento de la fragilidad de las obras humanas y la volubilidad de la fortuna, junto con la nostalgia del tiempo pasado, van a presidir ese proceso de construcción de la identidad europea, mientras las grandes infraestructuras del mundo antiguo dejan poco a poco de funcionar y se amplía la vieja red urbana romanizada con nuevos centros más llá del *limes* germánico hacia la cuenca del Mar del Norte.

De esta forma mientras se multiplican (y diversifican) los asentamientos más allá de las fronteras del universo romano, se van borrando las estructuras que le daban coherencia y unidad. Benévollo dice con gran penetración cultural que los bosques y los pantanos que rodean las ciudades han perdido su sagrada pagana, y añade otra observación, a la que ya se ha hecho alusión, cuyo alcance y autenticidad es difícil valorar, pero a cuya sugerión es difícilstraerse, ya que afirma que las paredes que separan el interior del exterior se estrechan en general, como borrando la separación entre lo público y lo privado, es decir, redefiniendo un nuevo equilibrio entre esos ámbitos que ahora se configuran en una suerte de continuidad, característica de nuestras ciudades: "... todos los espacios de la ciudad tienden a integrarse en un espacio continuo; los muros, muy modelados, penden sobre los vacíos de tamaño reducido y los acabados arquitectónicos, en lugar de caracterizar por su cuenta a un edificio, se convierten en instrumentos para presentarlo hacia el espacio común. Paulatinamente, las paredes orientadas hacia el interior de los organismos arquitectónicos son dirigidas hacia el exterior; nace un ambiente urbano unitario y multiforme, que se caracteriza por la continuidad de aquéllas". El primer urbanismo genuinamente europeo se presenta así como el ejercicio de modelado de la frontera que separa el universo público del doméstico, según patrones de transparencia y Benévollo lo asocia a la auténtica vida de ciudad, a su autonomía bien asentada en equilibrios de poder, lejos de la preceptiva clásica o empeñada en su transgresión.

Si a esa depurada idealización le añadimos los parámetros económicos de aquella época, casi resulta un proyecto utópico para los momentos actuales: una productividad muy aumentada por nuevas y variadas técnicas de producción agrícola y ganadera (también la metalurgia y la minería conocen fuertes avances aunque Benévollo no lo recuerde); nuevas técnicas de navegación que abren la exploración y los mercados y un aumento demográfico apoyado en tanta bonanza. Libre de una voluntad política centralizada, las ciudades ejercen su autonomía y compiten libremente, se especializan y crean una red policéntrica diferenciada que se presenta como un amplificador de la velocidad de creación y de difusión de las invenciones a gran escala territorial. El autor probablemente se deja llevar por un entusiasmo muy moderno respecto a estas ventajas que anuncia el "modelo de la competitividad", hoy de moda, en una economía mundializada y se imagina una red compleja de centros urbanos cada uno con su propia individualidad, pero conectados de forma espontánea en un espacio de interrelaciones que seis siglos después, sin embargo, sigue siendo un proyecto remoto.

Acaso sea a la inversa y en el fondo lo que Benévollo está proponiendo como modelo competitivo para la nueva Europa es reconstruir en las condiciones en las que actualmente eso fuera posible aquel te-

rritorio policéntrico, en gran medida soñado, constituido por unidades autónomas y plenamente responsables de sus acciones, fuertemente diferenciado, que vivía de la vitalidad de su empuje creador independiente.

Lo que sí está claro es su seducción por la transgresión creadora que sólo concibe cuando se entierra en los monasterios el patrimonio clásico, cuando se pierde la idea de perfección secuestrada por regularidades geométricas, cuando la simetría abandona los equilibrios de largo recorrido, cuando de ese abandono surgen nuevos equilibrios inacabados que invaden el mundo en todas sus escalas: "son pequeños escenarios de resonancia mundial, centros de mundos económicos y culturales diversos y contrapuestos, y dan testimonio de la capacidad de reducir un mundo a las dimensiones domésticas de un lugar". En esas ciudades se va a aprender a controlar las distancias cortas y medias. Algunas de ellas llegarán a transcribir ese control a escenarios de gran escala después de haber olvidado el arte clásico de modificar el territorio ilimitado.

Es difícil establecer modelos en este universo urbano tan ricamente poblado, aunque Benévollo ensaye una clasificación por tipos cuyo interés científico queda por demostrar fuera de las exigencias del guión. Sin embargo sí resulta de nuevo esclarecedor el esfuerzo del autor por mostrar la fuerza de la ciudad y su superioridad en vigor y eficacia al propio estado moderno: cuando describe el grupo de las ciudades marítimas y se detiene como es natural en la República Veneciana no se resiste a recordar al lector que es la Ciudad-Estado europea que compite en el siglo XVI con los estados nacionales, que llega como potencia mundial hasta el siglo XVIII y que ha sido capaz de elaborar un poderoso mensaje cultural de alcance planetario, que aún perdura, a través de su escuela pictórica y de la arquitectura de Palladio. Y añade como de pasada que la pérdida de su autonomía y su inscripción en otro orden extraño no va a permitir salvarla. No es un caso aislado y a lo largo de la obra se irá destacando siempre que lo permitan las circunstancias esa calidad de suficiencia del organismo urbano e incluso su superioridad frente a otros ámbitos agregados de gestión de los problemas como las nacionalidades modernas, que han constituido la base física del desarrollo industrial en los últimos doscientos años. Claro que para Benévollo la revolución industrial ha dado al traste con los últimos equilibrios urbanos conocidos. Si tiene que elegir prefiere las ciudades que como Venecia o Génova se funden con su puerto en lugar de gestionarlo a distancia, prefiere en definitiva los organismos complejos, aquellos que exigen la invención espacial y desafían nuestra visión especializada. Libertad política e invención espacial son las dos columnas sobre las que se asienta la diversidad urbana europea y también la similitud de los resultados.

Así, aparte de los aspectos formales, es natural que la institucionalización de esa independencia política sea una cuestión principal de nuestra ciudadanía, algo que ahora debería cobrar una importancia decisiva y que con frecuencia olvidamos perdidos en el discurso de lo vernáculo o en el economicismo vulgar. Porque si bien es indudable la importancia de contar con una base económica propia, no lo es menos poder institucionalizar esa autonomía con órganos de gestión administrativa, con autonomía judicial y con un sistema fiscal que entronice el principio de proporcionalidad y el de colectivización de la utilidad pública, detrás del cual se sitúa la obra urbana.

La historia de la ciudad europea es la de sus instituciones en las que aparecen representadas todas las fuerzas, ya sean civiles, religiosas, económicas y las diferentes clases, con frecuencia enfrentadas y cuyos conflictos unas veces se resuelven con arbitrajes y otras con la fuerza, como la crisis del siglo XIV que se saldrá con la concentración de poder, y del control territorial, en manos de algunas familias poderosas. El perímetro de la ciudad marcará el límite de este universo y su legalidad, mientras que fuera de la cerca quedará el mundo agrario bajo otras ormas, ligado al centro urbano por relaciones económicas: una desigualdad desconocida por Aristóteles que va a llegar hasta nosotros con nuevos y muy conflictivos aspectos.

Es precisamente esta institucionalización de la sociedad civil la que condiciona la física urbana y en la que Benévollo quiere situar la identidad europea lejos del mundo clásico frente al cual resalta cuatro innovaciones. En primer lugar, la introducción de un principio de coherencia que no se rige por la ley geométrica a gran escala del mundo clásico, pero que permite incorporar lo privado en lo público de forma que producen un organismo regular y continuo fuertemente

personalizado, casi un objeto pictórico. En segundo lugar destaca la complejidad alcanzada por el objeto institucional y físico que se presenta como un equilibrio entre poderes. En tercer lugar subraya la fuerte concentración, la física comprimida y densa del organismo en los límites de la ciudad. Y por último vuelve a recordar esa búsqueda imposible de una regla constante y flexible que remite a la organización inacabada y a la cuestión de lo uno y lo diverso, y en ese sentido cree ver en el gótico como ejercicio de desvinculación, de destrucción de la continuidad clásica de la envoltura y de propuesta universal capaz de cubrir programas muy variados y atender a una constante renovación de los repertorios, un primer conocimiento de una civilización única y autoconsciente.

De esta forma, no es extraño que Benévollo comparta el entusiasmo que suele despertar el Renacimiento entre algunos teóricos de la ciudad y especialmente el programa que Alberti concibe frente a Roma, de asegurar la continuidad entre su pasado y su futuro, identificando la nueva Roma con la antigua; el mismo programa que Julio II volverá a ensayar medio siglo después con éxito muy fragmentario. La vinculación al principio (la desvinculación de las instituciones ciudadanas) va a reducir poderosamente la capacidad real de intervención en el organismo urbano total, mientras las "ciudades que no pueden ser" aparecerán profusamente en la tratadística inundada del mismo simbolismo geométrico que un día permitió operar en las fuerzas ocultas de la naturaleza y que ahora, trivializado, rige la ordenación urbana sobre el papel, lo mismo que los negocios o la guerra.

Se está gestando una profunda escisión en nuestra cultura urbanística que ya se anunciaba en la distinción albertiana entre proyecto y ejecución y que va a unirse a la escisión entre arte y ciencia. En efecto, conocer ya no va a significar reproducir fielmente la naturaleza sino descubrir sus leyes mecánicas por el camino de la experiencia; el arte busca refugio en nuevos objetos inaccesibles entonces a la ciencia como las sensaciones o los sentimientos y abandona el orden físico a las matemáticas o a la mecánica. Esta doble escisión va a cobrar con el transcurso del tiempo una importancia cada vez mayor hasta convertirse en una de las cuestiones medulares de la urbanística. El escenario urbano va a quedar al margen de las tareas del arte y esa marginación se hará más evidente aún durante la revolución industrial.

Benévollo admite que el balance de las intervenciones puntuales arroja en las ciudades principescas un salto cualitativo de todo el organismo urbano, pero no se detiene a dar explicaciones, prefiere recordar cómo el soberano se encerraba en su ciudadela y deja la idea persistente de que la auténtica ciudad era aquella idealizada comunidad mercantil de la Baja Edad Media sobre la que en diversos momentos se han tratado de superponer hegemonías políticas o económicas amparadas en normativas unidimensionales, y lo ilustra con numerosos ejemplos de muy diversa naturaleza, ya que lo mismo recuerda la oposición corte-ciudad llevada hasta el límite con la dualidad Versalles-París, como opone las perspectivas infinitas y sin fisuras del absolutismo con su confinamiento en el interior doméstico tal como aparecen en la pintura holandesa, o la trivialización universal del retículo como instrumento para distribuir cualquier superficie, que a finales del siglo XVIII dispone de herramientas todoterreno como la Land Ordinance de Jefferson.

Sin embargo, el orden de la ciudad del Antiguo Régimen, esa especie de coherencia orgánica de la planificación y la construcción basada en mecanismos institucionalizados que ha sido capaz de resistir la acción del principio y atravesar los rigores de las geometrías absolutas impuestas por la nueva cultura visual hasta alcanzar, todavía con "rostro unitario", las posturales del siglo XVIII, va a terminar por sucumbir frente a la revolución industrial. Aquí adopta Benévollo los registros más dramáticos para describir la ruptura del equilibrio y el caos subsiguiente. A diferencia de la moda en curso, se queja de la debilitación de las instituciones de control y de cómo entre la libre iniciativa privada y el poder público sólo se levantan algunas excepcionalidades como la ley de expropiación forzosa, y también de cómo sólo se pide la intervención pública cuando los pretendidos automatismos por los que se rige la libre iniciativa se encuentran ante un callejón sin salida. Benévollo no tiene dudas respecto a la necesidad de planificar, ni respecto a la naturaleza consensuada del equilibrio que sirve de base al proyecto.

Creo que las últimas páginas del libro están más urgidas por la necesidad de lanzar un mensaje de esperanza que dictadas por un convencimiento madurado. Es también parte de la obra en la que recurre a los

tópicos que nunca han sido bien explicados, ni debidamente estudiados ni comprendidos, pero que sirven para alimentar el sentimiento de malestar que transmite la ciudad contemporánea, ese malestar que Baudelaire —utilizado casi como pretexto desde la introducción— ha descrito en clave poética mejor que nadie. Enfrentado a la crisis general de la urbanidad europea, prefiere volver la mirada hacia aquel origen idealizado que quiere ver hecho realidad y que imagina como un paraíso artificial regido por leyes de armonía en el que vida y belleza se reúnan según la voluntad testamentaria de Mondrian. Por más que insista, nada queda del desafío constante frente a la complejidad en ascenso que ha sido, según él mismo, la quintaesencia del espíritu europeo. Y es que tal desafío ya no se puede afrontar con un discurso sobre la forma urbana por muy delicado que haya llegado a ser, sino que precisa una ciencia, es decir, una disciplina de creación abierta, no hecha sólo para describir regularidades sino para inventarlas a partir de las ya conocidas, y esa es una tarea de creación que requiere un esfuerzo nuevo, hecho a la medida de nuestro presunto genio.

Para ello lo primero es reconocer su necesidad, pero difícilmente va a ser posible mientras se busque refugio en ese oasis disciplinar que pretende atribuir autonomía al espacio urbano.

La ambigüedad discursiva de Benévollo, que parece defender la idea de un todo en el que la formación social y su espacio se presentan indisolublemente unidos en un equilibrio, y al mismo tiempo describe la historia de la ciudad europea como la evolución de una cierta cultura espacial compuesta por categorías autónomas, se decanta por fin hacia esta última alternativa para mostrar su profunda debilidad propositiva: *"Las próximas transformaciones económicas, sociales y políticas se producen en una esfera que incide de manera menos directa en el escenario físico, y permiten entrever la exigencia de que este escenario halle una ordenación equilibrada, donde sea posible el perfeccionamiento cualitativo que la velocidad y la amplitud de los cambios han impedido hasta el presente"*. En el teatro urbanístico como en el auténtico teatro hace tiempo que el protagonismo ha pasado a la puesta en escena; no parece que el teatro se haya beneficiado con el desplazamiento, pero en la ciudad la operación ha llevado a olvidar la propia naturaleza de la vida urbana.

Esta elección nos reserva sólo la actitud platónica del retorno histórico: *"lo que queda de las ciudades preindustriales tiene un valor muy superior a lo que se ha añadido después; es una parte menor del conjunto del patrimonio arquitectónico, pero prevalece como trama de sostén de todo el resto, como signo de identidad de los lugares, como referencia de la imaginación colectiva"*. En los últimos años y faltos de ideas la periferia se concibe al "estilo histórico" según los patrones aprendidos en las operaciones de "rehabilitación" de las áreas centrales, que lejos de suponer un reencuentro con la urbanidad perdida han constituido operaciones de transformación radical presididas por la construcción de una centralidad metropolitana de nueva estirpe; pero nunca tanta urbanidad aparente ha ocultado mayores desequilibrios ni en el centro ni en las periferias.

La ciudad europea, sustancia colectiva por excelencia, seguirá moviéndose entre la norma imperiosa y sus ruinas, y la libertad de elección cuando lo permitan las circunstancias; entre la trivialización de las fórmulas y la invención, pasando el relevo a lo largo de un tiempo que no tiene retornos.

Acaso sea mejor imaginar nuestro destino como si fuéramos náves y aceptar que es preciso renovar nuestros instrumentos de navegación, porque parece que este mar nuestro ha cambiado de propiedades y se necesita otra ciencia con más sustancia para encontrar la derrota. Y puesto que comparto con Benévollo el gusto por Baudelaire voy a permitirme una impertinencia más para terminar, recordando los primeros versos de ese hermoso poema (*Le voyage*) del que él sólo cita el último:

*Pour l'enfant, amoureux de cartes et d'estampes,
l'univers est égal à son vaste appétit.
Ah! que le monde est grand à la clarté des lampes!
Aux yeux du souvenir que le monde est petit!*